

Presentación

Vivimos en tiempos difíciles y peligrosos en los que la misma escritura nos advierte que habrá hombres con apariencia de piedad, pero que negarán la eficacia de ella; tiempos en los cuales el cristianismo ha perdido su verdadero valor como nunca antes en la historia, pero paradójicamente es la época en la cual existen muchos grupos que profesan ser cristianos, sin la más mínima señal de conversión genuina a Jesucristo. Es por ello que en nuestra primera edición, abordamos el tema “La Verdadera Conversión” ya que sin esta experiencia vital y esencial en la vida cristiana, todo lo demás no deja de ser algo vacío, muerto y sin ningún valor eterno delante de Dios. Nuestro mayor deseo es poner a disposición de los lectores esta colección de escritos y artículos que pueden servirnos para examinar nuestras vidas a la luz de la palabra de Dios y considerar sinceramente si hemos tenido la experiencia salvadora por el evangelio de Dios o si estamos caminando rumbo a la condenación eterna sin ninguna esperanza.

Encomendamos al Señor la presente edición, para que Él la pueda usar para bendecir la vida de muchos trayendo salvación y vida eterna.

Los Editores

Índice

TEMAS DE PORTADA

- Un asunto indispensable por considerar 3
 - Todo hombre necesita convertirse 9
 - Un genuino obrar de Dios 15
 - Abandonando los ídolos 22
-

COMPLEMENTOS

- Las marcas de un verdadero cristiano 28
 - La reincidencia en el pecado 34
 - El verdadero arrepentimiento 37
 - El cartel de cristiano 42
-

PROPÓSITO

- La finalidad del evangelio 45
 - El llamamiento de lo alto 50
-

BIOGRAFÍAS

- La vida de John Wesley 53
-

Un asunto indispensable por considerar

C. H. Mackintosh



*“Todo lo que el Padre me
da, vendrá a mí; y al que a
mí viene, no le echo fuera”*

Juan 6:37

Nosotros oímos bastante, en estos días, acerca de casos de conversión y bendeciríamos a Dios de corazón por cada alma verdaderamente convertida a Él.

No necesitamos decir que creemos en la necesidad absoluta, indispensable, universal, de conversión divina. Sea el hombre lo que sea, sea él Judío, o Griego, bárbaro, Escita, esclavo o libre, Protestante o Católico Romano, en resumen, cualquiera que sea su nacionalidad,

su posición eclesiástica, o su credo teológico, él se debe convertir, o de lo contrario él está en el camino ancho y directo a un infierno eterno.

Nadie ha nacido siendo un cristiano, en el sentido divino de esa palabra. Tampoco nadie puede ser educado para entrar al Cristianismo. Es un error fatal, un engaño mortal, un embuste del archienemigo de las almas, que alguno piense que puede ser un Cristiano, ya sea por nacimiento o por educación, o que puede ser hecho

un Cristiano por el bautismo en agua, o por cualquier ceremonia religiosa de cualquier clase. Un hombre llega a ser un cristiano solamente siendo convertido divinamente. Lo que quisiéramos insistir, en el comienzo mismo, y llamar fervientemente la atención de todos aquellos que puedan estar interesados, es sobre la necesidad urgente y absoluta, en todos los casos, de una verdadera conversión a Dios.

Esto no se puede desechar. Es el colmo de la locura que alguno trate de ignorar esto o de no tomarlo en serio. Para un ser inmortal - uno que tiene una eternidad infinita extendiéndose delante de él - descuidar la solemne cuestión de su conversión, es la más desenfrenada fatuidad de la que alguien posiblemente puede ser culpable. En comparación con este asunto del mayor peso, todas las demás cosas menguan hasta hacerse totalmente insignificantes. Los varios objetos que comprometen los pensamientos y absorben las energías de los hombres y las mujeres en la atareada escena a

nuestro alrededor, no son más que polvo menudo que sobra en comparación con este gran, trascendental asunto de la conversión del alma a Dios. Todas las especulaciones de la vida comercial, todos los esquemas para hacer dinero, todo lo que persigue aquel que anda a la caza del placer - el juego, el concierto, la sala de baile, la televisión, el entretenimiento - todas las cosas innumerables e inexpresables que el pobre corazón insatisfecho anhela, y a las que se aferra - todas ellas son nada y se asemejan a la bruma de la mañana, a la espuma sobre el agua, al humo que sale del extremo de la chimenea, a la hoja marchita de otoño - todas estas cosas se desvanecen, y dejan un doloroso vacío tras ellas. El corazón permanece insatisfecho, el alma sin ser salva, debido a que no hay conversión.

¿Y qué, entonces? ¡Ah!, sí: ¿qué, entonces? ¡Tremenda pregunta! ¿Qué queda al final de toda esta escena de excitación comercial, disputa política y ambición, de hacer dinero y de andar a la caza de placeres?

Bueno, ¿entonces el hombre tiene que afrontar la muerte! *"de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez..."* (Hebreos 9:27). No hay forma de pasar por alto esto. No hay forma de obtener licencia en esta guerra. Todas sus lágrimas, todos sus suspiros, todas sus súplicas no pueden impedir el temido momento, la muerte no puede ser evitada por ninguna estrategia del hombre. El momento debe llegar cuando el vínculo que conecta el corazón con todas las escenas bellas y fascinantes de la vida humana se ha de quebrar. Mil mundos no podrían evitar el golpe. Se debe mirar a la muerte cara a cara. Es un misterio terrible - un hecho tremendo - una dura realidad. Se yergue delante de todo hombre, mujer y joven inconversos bajo el dosel del cielo; y es meramente una cuestión de tiempo, horas, días, meses, o años, cuando se deba cruzar la línea del límite que separa el tiempo, con todas sus búsquedas vacías, vanas, insubstanciales, de la eternidad

con todas sus estupendas realidades.

¿Y qué, entonces? Dejemos que la Escritura responda. Nada más puede hacerlo. Los hombres responderían de buena gana conforme a sus propias nociones vanas. Ellos querrían que nosotros creyésemos que después de la muerte viene la aniquilación. *"Comamos y bebamos, porque mañana moriremos."* (1 Corintios 15:32). ¡Vacía presunción! ¡Vano engaño! ¡Necio sueño de la imaginación humana cegada por el dios de este mundo! ¿Cómo puede un alma inmortal ser aniquilada? El hombre, en el jardín del Edén, se convirtió en el poseedor de un espíritu que nunca muere. *"Jehová Dios. . .sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser (un alma) viviente."* (Génesis 2:7) - no un ser (un alma) moribunda. El alma debe vivir para siempre. Convertida o inconversa, ella tiene la eternidad ante sí. ¡Oh! ¡El peso abrumador de esta consideración para cada espíritu meditativo! Ninguna mente humana puede asir su inmensidad. Está más allá de nuestra

comprensión, pero no más allá de nuestra creencia.

Escuchemos la voz de Dios. ¿Qué enseña la Escritura? Una línea de la Santa Escritura es completamente suficiente para eliminar diez mil argumentos y teorías de la mente humana. ¿La muerte aniquila? ¡No! *"Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio."* (Hebreos 9:27).

Recuerden estas palabras, *"después de esto el juicio."* Y esto se aplica solamente a quienes mueren en sus pecados - solamente a los incrédulos. Para el cristiano, el juicio pasó para siempre, como la Escritura enseña en múltiples lugares. Es importante notar esto, debido a que los hombres nos dicen que, por cuanto hay vida eterna solamente en Cristo, por consiguiente todos los que no están en Cristo serán aniquilados.

La Palabra de Dios no lo dice así. Hay juicio después de la muerte. Y, ¿cuál será el tema del juicio? Nuevamente la Escritura habla en lenguaje tan claro como solemne e impresionante. *"Y vi un gran trono*

blanco y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que estaban en él, y la Muerte y el Hades entregaron a los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados, cada uno según sus obras. Y la Muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda: el lago de fuego. Y el que no se encontraba inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego." (Apocalipsis 20:11-15).

Todo esto es tan claro como las palabras pueden expresar. No existe el más insignificante terreno para la objeción y la dificultad. Para todos aquellos cuyos nombres están en el libro de la vida, no hay juicio en absoluto. Aquellos cuyos nombres no están en ese libro serán juzgados conforme a sus obras. ¿Y

qué, entonces? ¿Aniquilación? ¡No!, sino "el lago de fuego"; y eso para siempre.

¡Cuán sobrecogedor es pensar en esto! Ciertamente debería despertar cada alma a la consideración seria del gran tema que ahora está ante nosotros, a saber, la urgente necesidad de conversión a Dios. Esta es la única vía de escape. Una persona inconversa, cualquiera o quienquiera que sea, tiene la muerte, el juicio, y el lago de fuego delante de ella, y cada latido de su pulso le acerca más y más a esas horribles realidades. No es más seguro que el sol se levante, en un cierto momento, mañana por la mañana, que el lector deba, antes que pase mucho tiempo, pasar a la eternidad; y si su nombre no está en el libro de la vida - si no es convertido - si no es de Cristo, él será, ciertamente, juzgado conforme a sus obras, y la consecuencia cierta de aquel juicio será el lago que arde con fuego y azufre, y eso a través de tiempos interminables de una eternidad oscura y tenebrosa. ¡Oh! ¡La terrible monotonía del infierno!

El lector puede maravillarse quizás por extendernos tan largamente sobre este terrible tema. Puede sentirse dispuesto a preguntar, « ¿Convertirá esto a las personas? » Respondemos: si esto no las convierte, las puede conducir a ver su necesidad de conversión. Puede conducirlos a ver su inminente peligro. Puede inducirlos a escapar de la ira venidera. ¿Por qué nuestro bendito Señor insistió tan constantemente sobre sus odores acerca de la realidad solemne de la eternidad? ¿Por qué Él habló tan a menudo del gusano que no muere y del fuego que no puede ser apagado? Ciertamente fue con el propósito de despertarles para que tuviesen conciencia de su peligro, para que ellos pudiesen huir en busca de refugio para asirse de la esperanza puesta ante ellos.

¿Es posible que nosotros seamos demasiado fervientes, demasiado vehementes, demasiado inoportunos insistiendo ante toda alma inconversa con la cual podemos ponernos en contacto, acerca de la necesidad indispensable, en este

mismo momento, de huir de la ira venidera y buscar el camino de la salvación, huyendo hacia aquel bendito Salvador quien

murió en la cruz para nuestra salvación; quien está con los brazos abiertos para recibir a todos aquellos que vienen a Él.



El africano que se fumó el Nuevo Testamento.

Cierta vez se hallaba un misionero en una calle de una ciudad africana con un Nuevo Testamento en la mano. Un africano se le acercó y le preguntó si le podía dar aquel librito. El misionero estaba dispuesto a hacerlo, pero quiso saber por qué lo quería. “Porque sus páginas tienen la medida perfecta para liar cigarrillos” confesó el hombre. Impresionado por la honestidad del hombre, el misionero decidió plantearle un desafío: “Le daré el libro si me promete leer cada página antes de usarla para liar un cigarrillo.” El africano aceptó el reto y recibió el Nuevo Testamento.

Quince años más tarde el misionero fue a unos cultos de evangelización donde iba a predicar un evangelista negro. Cuando el evangelista vio al misionero, se le acercó, y le preguntó: “¿No se acuerda usted de mí?”. “No”, respondió el misionero, “¿Nos hemos visto antes?”. “Sí, hace quince años usted me dio un Nuevo Testamento y me hizo prometer que leería cada una de sus páginas antes de usarlas para liar cigarrillos. Me llevó desde el evangelio de Mateo hasta Juan capítulo 13 antes de dejar de fumarme la Palabra y empezar a predicarla. Aquél Nuevo Testamento es la razón por la que estoy predicando aquí esta noche.”

(José L. Martínez, en 503 ilustraciones escogidas)

Todo hombre necesita convertirse

C. H. Mackintosh

“En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”

Mateo 18:3



La Escritura establece este punto de un modo tal como para no dejar ningún terreno posible de objeción para cualquiera que se incline a su santa autoridad. Esto se aplica, en toda su fuerza moral y su profunda solemnidad, a todo hijo e hija del caído Adán. No existe algo similar a una solitaria excepción, en todos los miles de millones que pueblan este globo. Sin conversión, no hay - no puede haber, entrada al reino de Dios. Toda alma inconversa está fuera del reino

de Dios. No importa, en el más mínimo grado, quién soy yo, o qué soy yo; si yo no estoy convertido, estoy en «el reino de las tinieblas», bajo el poder de Satanás, en mis pecados, y camino al infierno.

Yo puedo ser una persona de una ética irreprochable; de una reputación sin mancha; un elevado profesante de la religión; puedo ostentar un cargo en alguna rama de la iglesia profesante; puedo ser un ministro ordenado; un diácono, pastor u obispo; un individuo muy caritativo; un munificente

donante a instituciones religiosas y de beneficencia; respetado, y reverenciado por todos debido a mi valor personal e influencia moral. Yo puedo ser todo esto y más; puedo ser, y puedo tener, todo lo que es posible que un ser humano sea o tenga, y con todo, no ser convertido, y por ello estar fuera del reino de Dios, y en el reino de Satanás, en mi culpabilidad, y en el camino ancho que conduce directamente hacia abajo, al lago que arde con fuego y azufre.

Tal es el significado llano y obvio, y la fuerza, de las palabras de nuestro Señor en Mateo 18:3. No hay posibilidad de evadirlo. Las palabras son tan claras como un rayo de sol. No podemos pasarlas por alto. Ellas abruma, con lo que podemos verdaderamente llamar solemnidad, a toda alma inconversa en la faz de la tierra. *"Si no os convertís... no entraréis en el reino de los cielos."* Esto se aplica, con igual fuerza, al degradado borracho que rueda a lo largo de la calle, peor que una bestia, y al buen temperan-

te o abstemio inconverso que se enorgullece de su sobriedad, y que se está jactando perpetuamente del número de días, semanas, o años durante los cuales él se ha abstenido de toda bebida embriagadora. Ambos están igualmente fuera del reino de Dios; ambos en sus pecados; ambos están de camino a la destrucción eterna.

Es verdad que uno de ellos ha sido convertido de la embriaguez a la sobriedad - una bendición muy grande efectivamente, bajo un punto de vista moral y social - pero la conversión de la embriaguez a una sociedad de abstinencia no es conversión a Dios; no es volverse de las tinieblas a la luz; no es entrar en el reino del amado Hijo de Dios. Hay simplemente esta diferencia entre las dos: que el abstemio puede estar edificando vanagloriosamente en su moralidad, y engañándose así él mismo en la vana noción de que él está bien, mientras que en realidad, él está totalmente mal. El borracho está palpable e inequívocamente mal. Todos saben que

un bebedor está yendo precipitadamente, y con pasos pasmosamente rápidos, a aquel lugar donde no encontrará ni una gota de agua para refrescar su lengua. Está claro que ningún borracho puede heredar el reino de Dios (1 Corintios 6:10); y tampoco lo puede heredar un abstemio inconverso. Ambos están fuera. La conversión a Dios es absolutamente indispensable tanto para el uno como para el otro; y lo mismo se puede decir de todas las clases sociales, de todas las categorías, de todos los matices de pensamiento, de todas las castas y condiciones de los hombres bajo el sol. No hay diferencia en cuanto a esta gran cuestión. Ello es válido para todos por igual, cualquiera que sea su carácter externo o su condición social - *"Si no os convertís... no entraréis en el reino de los cielos."*

Cuán importante es, entonces - sí, cuán trascendental es la pregunta para cada uno, « ¿Soy yo convertido? » No es posible para el lenguaje humano presentar la magnitud y solemnidad

de esta interrogante. Que alguno piense continuar, de día en día, y de año en año, sin un claro y acabado arreglo de esta pregunta de tan gran peso, sólo puede ser considerado como la locura más atroz de la que un ser humano puede ser culpable. Si un hombre tuviera que dejar sus asuntos terrenales en una condición incierta, pendiente, él se expondría a ser acusado de la negligencia más culpable y descuidada. Pero, ¿qué son los asuntos más urgentes y de peso cuando son comparados con la salvación del alma? Todas las preocupaciones del momento no son sino como el tamo de las eras del verano, cuando se comparan con los intereses del alma inmortal - las grandes realidades de la eternidad.

Por ello es, en el mayor de los grados, irracional que alguien permanezca por una sola hora sin una clara y zanjada seguridad de que es verdaderamente convertido a Dios. Un alma convertida ha cruzado el límite que separa el que es salvo del que no es salvo - los hi-

jos de la luz de los hijos de las tinieblas - la iglesia de Dios y el mundo del maligno. El alma convertida tiene la muerte y el juicio detrás de ella, y la gloria delante de ella. Está tan segura de estar en el cielo como si ya estuviese allí; de hecho ya está allí en espíritu. Tiene un título sin mancha, y una perspectiva sin una nube. Conoce a Cristo como su Salvador y Señor; a Dios como Su Padre y Amigo; al Espíritu Santo como su bendito Consolador, Guía y Maestro; conoce el cielo como su resplandeciente y feliz hogar. ¡Oh! la inefable bendición de ser convertido. ¿Quién puede expresarlo? *"cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han entrado al corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló [a los creyentes] por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios."* (1 Corintios 2: 9, 10 - LBLA).

Y ahora indaguemos qué es la conversión, de la que nosotros hablamos. Bueno será para nosotros, de hecho, que seamos

divinamente enseñados en cuanto a esto. Un error aquí demostrará ser desastroso en proporción a los intereses que están en juego.

Muchas son las nociones equivocadas referidas a la conversión. Verdaderamente podríamos concluir, del hecho mismo de la inmensa importancia del tema, que el gran enemigo de nuestras almas y del Cristo de Dios procurará, en todos las maneras posibles, sumergirnos en el error con respecto a ello. Si él no puede tener éxito en mantener a las personas en una indiferencia con una risa disimulada en cuanto al tema de la conversión, él se esforzará en cegar sus ojos en cuanto a su verdadera naturaleza. Si, por ejemplo, una persona ha sido despertada, por alguno u otro medio, para tomar conciencia de la completa vanidad y de la falta de satisfacción de los entretenimientos mundanos, y de la urgente necesidad de un cambio de vida, el archi-engañador procurará persuadir a tal persona a hacerse religiosa, para

que se ocupe de ordenanzas, ritos y ceremonias, para que abandone bailes y fiestas, teatros y conciertos, y la bebida; en una palabra, que abandone toda clase de alegre diversión y entretenimiento, y que se comprometa en lo que es llamado 'una vida religiosa', ser diligente prestando atención a las ordenanzas públicas de la religión, leer la Biblia, decir oraciones, y dar limosnas.

Ahora bien, esto no es conversión. Una persona puede hacer todo esto, y con todo, ser totalmente inconversa. Un religioso devoto cuya vida es gastada en vigiliyas, ayunos, oraciones, auto mortificaciones y actos de misericordia, puede ser tan completamente inconversa, estar tan lejos del reino de Dios como el incauto cazador de placeres, que gasta su vida completa en la prosecución de objetos tan inservibles como la hoja marchita o la mustia flor. Los dos caracteres, sin duda, se diferencian ampliamente - tan ampliamente, quizás, como dos cosas se pueden diferenciar. Pero ambos

son inconversos, ambos están fuera del bendito círculo de la salvación de Dios, ambos en sus pecados. Es verdad, uno está empeñado en "malas obras", y el otro en "obras muertas"; ambos están fuera de Cristo; no son salvos; están en camino a la miseria sin esperanza e interminable. El uno, tan ciertamente como el otro, si no son convertidos en forma salvadora, hallarán su porción en el lago que arde con fuego y azufre. De nuevo, la conversión no es que uno se cambie de un sistema religioso a otro. Un hombre puede volverse del Judaísmo, Paganismo, de la religión Musulmana, o Catolicismo, al Protestantismo, y sin embargo, ser totalmente inconverso. Sin duda, mirado desde un punto de vista social, moral, o intelectual, es mucho mejor ser un protestante que un musulmán; pero con respecto a nuestra presente tesis, ambos están en una plataforma común, ambos son inconversos. De uno, tan verdaderamente como del otro, se puede decir que, a menos que sea convertido, no puede

entrar en el reino de Dios. La conversión no es unirse a un sistema religioso, por muy puro que sea ese sistema, por muy sano, por muy ortodoxo. Un hombre puede ser un miembro del cuerpo religioso más respetable que pueda existir a todo lo largo y ancho de la Cristianidad, y sin embargo ser un hombre inconverso, no salvo, en su camino a la eterna perdición. ¿De qué le sirve, podemos lícitamente preguntar, un sistema religioso o un credo teológico a un hombre que no tiene ni una sola chispa de vida divina? Los sistemas y los credos no pueden dar vida, no pueden salvar, no pueden dar vida eterna. Un hombre puede trabajar en su maquinaria reli-

giosa como un caballo en un molino, dando vueltas y vueltas, de un fin de año a otro, partiendo justo del lugar donde antes había comenzado, en una deprimente monotonía de obras muertas. ¿Qué valor tiene todo esto? ¿Qué resulta de todo esto? ¡Muerte! Sí; y entonces, ¿qué? ¡Ah! esa es la pregunta. ¡Quisiera Dios que el peso y la seriedad de esta pregunta fuese más plenamente comprendida!

¡Oh! lector, quienquiera que tú seas, te rogamos, pon tu atención fija en estas cosas. No descances, ni por una hora, hasta que estés seguro de tu genuina, inequívoca, conversión a Dios.



Una mujer le dijo una vez a Spurgeon: "No puedo entender por qué Dios dijo odiar a Esaú." (Romanos 9:13) Spurgeon contestó: "Eso Señora no tengo dificultad de entenderlo. Mi problema es entender cómo Dios pudo amar a Jacob".

-- Charles H. Spurgeon

Un genuino obrar de Dios

C. H. Mackintosh



“Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido...”

¹ Tesalonicenses 1:8

Habiendo visto hasta ahora la absoluta necesidad, en todos los casos, de conversión, y habiendo, en alguna medida, procurado señalar lo que no es la conversión, tenemos que indagar ahora, qué es. Y aquí tenemos que mantenernos junto a la enseñanza verdadera de la Santa Escritura. No podemos aceptar nada menos, nada diferente. Se ha de temer grandemente que mucho de lo que pasa en estos días por conversión, no es conversión

en absoluto. Hay muchos casos de conversión, así llamados, que son publicados y se habla de ellos, los cuales no pueden resistir la prueba de la Palabra de Dios. Muchos profesan ser convertidos, y se les acredita como tales, los cuales demuestran ser meramente odores pedregosos. (Mateo 13:5). No existe la profundidad de una obra espiritual en el corazón, ninguna acción real de la verdad de Dios sobre la conciencia, ningún rompimiento completo con el mundo. Puede ser que

los sentimientos sean muy conmovidos por influencia humana, y que ciertos sentimientos evangélicos tomen posesión de la mente; pero el yo no es juzgado; existe un apego a la tierra y a la naturaleza; una falta de esa seriedad profundamente templada y de una realidad genuina que caracterizan tan notablemente las conversiones registradas en el Nuevo Testamento, y por las que podemos siempre contemplar donde la obra de conversión es divina.

No intentamos aquí dar razón de todos estos casos superficiales; meramente nos referimos a ellos para que todos los que están involucrados en la bendita obra de evangelización puedan ser conducidos a considerar el asunto en la luz de la Santa Escritura, y ver en qué medida su manera de trabajar puede requerir una santa corrección. Puede ser que haya mucho del elemento meramente humano en nuestra labor. No dejamos actuar al Espíritu Santo. Carecemos de una fe profunda en el poder y la eficacia

de la propia sencilla Palabra de Dios. Puede haber mucho esfuerzo para influir en los sentimientos, demasiado de lo emocional y de lo sensacional. Quizás, también, en nuestro deseo de alcanzar resultados - un deseo que puede ser suficientemente correcto en sí mismo - estamos demasiado dispuestos a dar crédito y a anunciar, como casos de conversión, muchos que, ¡es lamentable! son meramente efímeros.

Todo esto exige nuestra seria consideración. Es de la más indispensable importancia que permitamos al Espíritu de Dios obrar y exhibir - como muy ciertamente Él lo hará - el fruto de Su obra. Todo lo que Él hace es hecho bien, y hablará por sí mismo a su debido tiempo. No hay necesidad que nosotros divulguemos por doquier nuestros casos de conversión. Todo lo que es divinamente real resplandecerá para alabanza de Aquel a quien toda alabanza es debida; y entonces el obrero tendrá su profundo y santo gozo. Verá los resultados de Su

obra, y pensará en ellos con pleitesía y adoración a los pies de su Maestro - el único lugar seguro y verdaderamente feliz donde pensar en ellos.

¿Disminuirá esto nuestra diligencia? Muy por el contrario; ello intensificará inmensamente nuestra diligencia. Seremos más diligentes rogando a Dios, en secreto, y rogando a nuestros semejantes en público. Sentiremos más profundamente la divina seriedad de la obra, y nuestra total insuficiencia. Abrigaremos siempre la sana convicción que la obra debe ser de Dios de principio a fin. Esto nos mantendrá en nuestro lugar correcto, a saber, el bendito lugar de la dependencia de Dios una vez que nos hemos despedido del yo, quien es el Hacedor de todas las obras que son hechas en la tierra. Estaremos más sobre nuestros rostros delante del propiciatorio, tanto en privado como en la asamblea, con referencia a la obra gloriosa de la conversión; y entonces, cuando las doradas gavillas y los racimos maduros aparezcan, cuando genuinos

casos de conversión acontezcan - casos que hablen por sí mismos, y lleven sus propias cartas credenciales con ellos a todos los que son capaces de juzgar - entonces verdaderamente nuestros corazones se llenarán de alabanza al Dios de toda gracia que ha engrandecido el nombre de Su Hijo Jesucristo en la salvación de almas preciosas.

¡Cuán mejor es esto que tener nuestros pobres corazones envanecidos con soberbia y auto-complacencia considerando nuestros casos de conversión! ¡Cuán mucho mejor, más seguro y más feliz, es estar inclinados en adoración delante del trono, que tener nuestros nombres pregonados hasta los confines de la tierra como grandes predicadores y maravillosos evangelistas! No hay comparación, a juicio de una persona verdaderamente espiritual. Se comprenderá la dignidad, la realidad, y la seriedad de la obra; florecerán la felicidad, la seguridad moral, y la real utilidad del obrero y la

gloria de Dios será asegurada y mantenida.

Veamos de qué manera todo esto es ilustrado en 1 Tesalonicenses 1:1 *"Pablo, y Silvano, y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses, que es en Dios el Padre, y en el Señor Jesucristo. Gracia a vosotros, y paz de Dios Padre nuestro, y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones: Sin cesar acordándonos de vuestra obra de fe, y trabajo de amor, y paciencia de esperanza"* - los grandes elementos del verdadero Cristianismo - *"en el Señor nuestro Jesucristo, delante del Dios y Padre nuestro: Sabiendo, hermanos, amados de Dios, vuestra elección."* (1 Tesalonicenses 1: 1 - 4 - RVR 1865). ¿Cómo sabía, o conocía, él la elección de ellos? Por la clara e incuestionable evidencia dada en la vida práctica de ellos - la única forma en que la elección de alguien puede ser conocida. *"pues nuestro evangelio no vino a vosotros solamente en palabras, sino también en poder y en*

el Espíritu Santo y con plena convicción; como sabéis qué clase de personas demostramos ser entre vosotros por amor a vosotros." (1 Tesalonicenses 1:5 - LBLA).

El bendito apóstol era, en su vida diaria, el exponente del evangelio que él predicaba. Él vivía el evangelio. No demandó ni exigió nada de ellos. No fue una carga para ellos. Él les predicó el precioso evangelio de Dios dadivosamente; y para que él pudiese hacerlo, el llevó a cabo esto con trabajos y fatigas, de noche y de día (1 Tesalonicenses 2:9). Él fue como una amorosa, tierna nodriza, entrando y saliendo entre ellos. No había en él ninguna palabra altisonante sobre él mismo, o su cargo, o su autoridad, o sus dones, o su predicación, o sus hechos maravillosos en otros lugares. Él era el obrero amoroso, humilde, modesto, honesto, consagrado, cuya obra hablaba por sí misma, y cuya vida entera, su espíritu, estilo, conducta, y costumbres, estaban en amorosa armonía con su predicación.

¡Cuán necesario es, para todos los obreros, ponderar estas cosas! Podemos estar seguros que mucha de la superficialidad de nuestra obra es el fruto de la superficialidad del obrero. ¿Dónde está el poder? ¿Dónde está la demostración del Espíritu? ¿Dónde está la "plena convicción"? ¿Acaso no existe una terrible falta de estas cosas en nuestra predicación? Puede haber una amplia cantidad de palabras fluidas; una gran cantidad de la así llamada "habilidad"; y mucho de lo que puede deleitar el oído actúa en la imaginación, despertando un interés temporal, y ministra a la mera curiosidad. Pero, ¡Oh! ¿Dónde está la santa unción, el vivir honestamente, la seriedad profunda? Y luego lo que expone la vida diaria y las costumbres - ¿dónde está esto? Que el Señor reavive Su obra en los corazones de Sus obreros, y entonces nosotros podremos buscar más resultados de la obra.

¿Intentamos nosotros enseñar que la obra de conversión depende del obrero? ¿Que esté

lejos la monstruosa noción! La obra depende total y absolutamente del poder del Espíritu Santo, tal como el mismo capítulo que ahora está abierto ante nosotros demuestra más allá de toda consideración (1 Tesalonicenses 1). Siempre debe permanecer cierto, en cada esfera y cada etapa de la obra, que no es "*con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.*" (Zacarías 4:6).

Pero, ¿qué clase de vasos (utensilios) utiliza comúnmente el Espíritu? ¿No es esta una pregunta de peso para nosotros los obreros? ¿Qué clase de vasos (utensilios) son útiles para el Señor? Vasos vacíos - vasos limpios. ¿Somos nosotros vasos semejantes? Si la respuesta es no, ¿cómo puede el Maestro usarnos en Su servicio santo? ¿Que podamos tener toda la gracia para sopesar estos interrogantes en la presencia divina! ¡Pueda el Señor despertarnos a todos, y hacernos más y más vasos tales que Él pueda utilizar para Su gloria!

Proseguiremos, ahora, con nuestra cita de la Palabra. Todo el pasaje está lleno de poder. *"Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones. De esta manera os habéis convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por todas partes, de manera que nada nos queda por decir. Ellos mismos cuentan de nosotros cuál fue nuestra entrada a vosotros."* (1 Tesalonicenses 1: 6-9, BJ).

Esta era una obra real. Llevaba sus propias credenciales con ella. No había nada vago o insatisfactorio acerca de ella - ninguna ocasión para alguna reserva o para formar o expresar un juicio respecto a ella. Era clara, distintiva, e inequívoca. Llevaba estampada la mano del Maestro, y llevaba convicción a toda mente capaz de sopesar la evidencia. La obra de conver-

sión fue llevada a cabo, y los frutos de la conversión siguieron en deliciosa profusión. El testimonio salió por todas partes, de modo que el obrero no tuvo ocasión para que él contase y publicase el número de conversiones en Tesalónica. Todo era divinamente real. Era una completa obra del Espíritu de Dios con referencia a la cual no podía haber ninguna equivocación posible.

El apóstol simplemente había predicado la Palabra en el poder del Espíritu Santo, con plena convicción. No hubo nada vago, nada dudoso acerca de su testimonio. Él predicó como uno que creía plenamente y que había entrado completamente en aquello de lo cual estaba predicando. No era la mera expresión de ciertas verdades conocidas y reconocidas - no era la declaración cortante y seca de ciertos dogmas estériles. No; se trataba del desbordamiento viviente del glorioso evangelio de Dios, viniendo de un corazón que sentía profundamente cada expresión, y cayendo en corazones prepara-

dos por el Espíritu de Dios para su recepción.

Tal fue la obra en Tesalónica - una obra profunda, sólida, bendita, completamente divina - toda ella sana y real, el fruto genuino del Espíritu de Dios. No se trató de una mera excitación religiosa, de nada sensacional, nada de presiones elevadas, ningún intento de despertar un avivamiento. Todo fue hermosamente tranquilo. El obrero, como se nos dice en Hechos 17, llegó *"a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y de acuerdo con su costumbre, Pablo entró a reunirse con ellos, y por tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras."* (Hechos 17: 1, 2 - RVA) - ¡Preciosa, poderosa discusión! ¡Quiera Dios que nosotros tuviéramos más de ello en medio nuestro! - *"explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padecie-*

se y resucitase de entre los muertos. Él decía: "Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo." (Hechos 17:3 - RVA).

Cuán sencillo, ¡predicar a Jesús basándose en las Escrituras! Sí, aquí estriba el gran secreto de la predicación de Pablo. Él predicaba a una Persona viva, en poder vivo, sobre la autoridad de una Palabra viva, y esta predicación fue recibida con una fe viva, y produjo fruto vivo, en las vidas de los convertidos. Esta es la clase de predicación que queremos. No es entregar sermones, no es hablar de religión, sino que es la poderosa predicación de Cristo por el Espíritu Santo hablando a través de hombres que tienen completamente inculcado lo que ellos están predicando. ¡Que Dios nos conceda más de esto!

.....

Un hombre se acerca a Dios por la fe sólo después de haberse dado cuenta de su condición de indigente y clama con el viejo escritor del himno, "Nada en mi mano traigo, simplemente a Tu cruz me aferro."

-- Paul Washer

Abandonando los ídolos

C. H. Mackintosh



“...y cómo os convertisteis
de los ídolos a Dios, para
servir al Dios vivo y verdadero”

1 Tesalonicenses 1: 9

Los dos últimos versículos de nuestro capítulo (1 Tesalonicenses 1:9) exigen nuestra muy especial atención. Ellos proporcionan una notable declaración de la verdadera naturaleza de la conversión. Ellos muestran, muy distintivamente, la profundidad, claridad, plenitud, y realidad de la obra del Espíritu de Dios en aquellos Tesalonicenses convertidos. No había equivocación al respecto. Llegaba sus propias credenciales con ella. No era una obra incierta. No requería un examen cuidadoso antes que pudiese

ser acreditada. Se trataba de una obra de Dios manifiesta, inequívoca, cuyos frutos eran evidentes para todos. *“Porque ellos mismos cuentan de nosotros cuál entrada tuvimos a vosotros; y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero. Y esperar a su Hijo de los cielos, al cual resucitó de los muertos; a Jesús, el cual nos libró de la ira que ha de venir.”* (1 Tesalonicenses 1: 9, 10 - RVR1909).

Aquí, entonces, tenemos una clara definición de la conversión - breve, pero completa. Se trata de un convertirse de, y un

volverse a. Ellos se convirtieron de los ídolos. Hubo un completo rompimiento con el pasado, una actitud de dar la espalda, de una vez y para siempre, a su vida y costumbres anteriores; una renuncia completa a todos esos objetos que habían gobernado sus corazones y regido sus energías. Esos queridos Tesalonicenses fueron conducidos a juzgar, a la luz de la verdad divina, su curso previo completo, y no sólo a juzgarlo, sino a abandonarlo abiertamente. No fue un trabajo a medias. No hubo nada vago o inequívoco acerca de él. Fue una época marcada en la historia de ellos - un gran momento crucial en la carrera moral y práctica de ellos. No se trató de un mero cambio de opinión, o de la recepción de una nueva colección de principios, una cierta alteración en sus opiniones intelectuales. Fue mucho más que cualquiera o todas estas cosas. Se trató del solemne descubrimiento de que toda su pasada carrera había sido una gran, oscura, monstruosa mentira.

Fue la real convicción de corazón de esto. La luz divina se había abierto paso en sus almas, y en el poder de esa luz ellos se juzgaron a ellos mismos y la totalidad de su historia previa. Hubo una renuncia a fondo de ese mundo que había gobernado hasta aquí los afectos de sus corazones; ni una pizca de él debía ser exceptuada.

Podemos preguntar, ¿y qué produjo este cambio maravilloso? Simplemente la Palabra de Dios convenció a sus almas en el gran poder del Espíritu Santo. Hemos hecho referencia al relato inspirado de la visita del apóstol a Tesalónica. Se nos dice que él "*discutió con ellos basándose en las Escrituras.*" (Hechos 17:2 - RVA). Él procuró traer sus almas al contacto directo con la Palabra de Dios viva y eterna. Él no trajo una mera influencia humana para imponerla sobre ellos. No hubo ningún esfuerzo para actuar sobre sus sentimientos e imaginación. El bendito obrero juzgaba que todas estas cosas eran absolutamente sin valor.

No tenía confianza de ninguna clase en ellas. Su confianza estaba en la Palabra y en el Espíritu de Dios. Él asegura justamente esto a los Tesalonicenses de la manera más conmovedora, en el capítulo 2 de su epístola. *"Por lo cual", él dice, "también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes."* (1 Tesalonicenses 2:13).

Esto es lo que podemos llamar un punto cardinal y vital. La Palabra de Dios, y sólo eso, en la poderosa mano del Espíritu Santo, produjo estos grandes resultados en el caso de los Tesalonicenses, quienes llenaron el corazón del amado apóstol con sincera acción de gracias a Dios. Él se regocijó que ellos no estuviesen unidos a él, sino al propio Dios vivo, por medio de Su Palabra. Este es un vínculo imperecedero. Es tan permanente como la Palabra que lo forma. La palabra del

hombre es tan perecedera como él mismo; más la Palabra del Señor permanece para siempre. El apóstol, como un obrero verdadero, comprendió y sintió todo esto, y de ahí su santo celo, en todo su ministerio, para que las almas a las que él les predicaba no se apoyasen en él, de ninguna manera, en lugar de apoyarse en Aquel de quien él era mensajero y ministro.

Oigan lo que él dice a los Corintios: *"Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios."* 1 Corintios 2: 1-5.

Aquí tenemos un verdadero ministerio - "*el testimonio de Dios*," y la "*demostración del Espíritu*" - la Palabra y el Espíritu Santo. Toda mera influencia humana, poder humano, y los resultados producidos por la sabiduría o la energía humanas, son perfectamente inservibles. - Sí, positivamente dañinos. El obrero se envanece cuando se hace ostentación y se habla de los aparentes resultados de su obra, y las pobres almas sobre las que actúa esta falsa influencia son engañadas, y conducidas a una posición y profesión absolutamente falsas. En una palabra, la cosa completa es algo desastroso en extremo.

No es así cuando la Palabra de Dios, en su gran poder moral, y la energía del Espíritu Santo, son traídas para tener que ver con el corazón y la conciencia. Es entonces cuando vemos resultados divinos, como en el caso de los Tesalonicenses. Entonces, efectivamente, se hace evidente, más allá de todo cuestionamiento, quien es el obrero. No es Pablo, o Apolos, o Cefas, sino el propio Dios,

cuya obra se acredita a sí misma, y permanecerá para siempre; ¡Toda adoración sea dada a Su Nombre santo! El apóstol no tenía necesidad de contar y publicar los resultados de su obra en Tesalónica, o más bien la obra de Dios por medio de él. Ella hablaba por sí misma. Era profunda, minuciosa, y genuina. Llevaba, con inequívoca nitidez, el sello de Dios sobre ella, y esto era absolutamente suficiente para Pablo; y es absolutamente suficiente para todo obrero sincero de corazón, y despojado de sí mismo. Pablo predicaba la Palabra, y esa Palabra convenció, en la energía vivificante del Espíritu Santo, los corazones de los Tesalonicenses. Cayó en buen terreno, echó raíz, y produjo fruto en abundancia.

Y señalemos el fruto. "*Os convertisteis de los ídolos.*" Tenemos aquí, en una palabra, la vida completa de todo inconverso, hombre, mujer, o niño, sobre la faz de la tierra. Todo está envuelto y presentado a nuestra vista en la expresión única, "ídolos." No es de ningun-

na manera necesario inclinarse ante un linaje o una piedra para ser un ídólatra. Cualquier cosa que domina el corazón es un ídolo, la rendición del corazón a esa cosa es idolatría, y el que lo rinde de ese modo es un ídólatra. Tal es la verdad clara, solemne, en este asunto, por muy desagradable que ella pueda ser para el orgulloso corazón humano.

Cada corazón tiene su propio ídolo. Uno adora el oro, otro adora el placer, otro adora el poder. Todo hombre no convertido es un ídólatra; e incluso hombres convertidos no están fuera del alcance de las influencias idolátricas, como es evidente a partir de la nota de advertencia planteada por el venerable apóstol, "*Hijos, guardaos de los ídolos.*" (1 Juan 5:21).

Lector, ¿permitirás que nosotros pongamos a tu consideración una pregunta clara y directa? ¿Eres tú convertido? ¿Profesas tú serlo? ¿Tomas tú el terreno de ser un cristiano? Si es así, ¿abandonaste los ídolos? ¿Has roto realmente con el

mundo, y con tu antiguo yo? ¿Ha entrado la Palabra viva de Dios en tu corazón, y te ha conducido a juzgar la totalidad de tu vida pasada, haya sido ella una vida de diversión y de irreflexiva extravagancia, una vida de laborioso enriquecimiento, una vida de vicio y maldad abominables, o una vida de mera rutina religiosa - una religión sin Cristo, sin fe, sin valor?

Di, estimado amigo, ¿cómo es? Sé completamente serio. Ten por seguro que hay una demanda urgente por una seriedad a fondo en este asunto. No podemos ocultarte el hecho de que estamos dolorosamente conscientes de la triste falta de minuciosa decisión entre nosotros. No hemos, con suficiente énfasis o claridad, abandonado los ídolos (*o, convertido de los ídolos*). Las viejas costumbres son retenidas; antiguas pasiones y objetivos gobiernan el corazón. El temperamento, el estilo, el espíritu, y la conducta, no indican conversión. Somos, tristemente, muy parecidos a lo que éramos antiguamente - muy parecidos a la gente abier-

ta y confesadamente mundana aquellos que decimos que nos
a nuestro alrededor. “El Señor hemos convertido a Cristo”.
tenga misericordia de todos

.....

Conversación entre dos bebés antes de nacer:

En el vientre de una mujer embarazada se encontraban dos bebés.

Uno pregunta al otro -¿Tú crees en la vida después del parto?

-Claro que sí. Algo debe existir después del parto. Tal vez estemos aquí porque necesitamos prepararnos para lo que seremos más tarde.

-¡Tonterías! No hay vida después del parto. ¿Cómo sería esa vida?

-No lo sé pero seguramente habrá más luz que aquí. Tal vez caminemos con nuestros propios pies y nos alimentemos por la boca. -¡Eso es absurdo! Caminar es imposible. ¿Y comer por la boca? ¡Eso es ridículo! El cordón umbilical es por donde nos alimentamos. Yo te digo una cosa: la vida después del parto está excluida. El cordón umbilical es demasiado corto. -Pues yo creo que debe haber algo. Y tal vez sea sólo un poco distinto a lo que estamos acostumbrados a tener aquí. -Pero nadie ha vuelto nunca del más allá después del parto. El parto es el final de la vida. Y a fin de cuentas, la vida no es más que una angustiada existencia en la oscuridad que no lleva a nada. -Bueno, yo no sé exactamente cómo será después del parto, pero seguro que veremos a mamá y ella nos cuidará. -¿Mamá? ¿Tú crees en mamá? ¿Y dónde crees tú que está ella? -¿Dónde? ¡En todo nuestro alrededor! En ella y a través de ella es como vivimos. Sin ella todo este mundo no existiría. -¡Pues yo no me lo creo! Nunca he visto a mamá, por lo tanto, es lógico que no exista. -Bueno, pero a veces, cuando estamos en silencio, tú puedes oírla cantando o sentir cómo acaricia nuestro mundo. ¿Sabes?...yo pienso que hay una vida real que nos espera y que ahora solamente estamos preparándonos para ella...

¿Encuentras algo similar a nuestra vida aquí?

Las marcas de un verdadero cristiano



J. C. Ryle

“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”

Juan 3:3.

Esta es una de las cuestiones más importantes en la vida de todo ser humano. Jesucristo dijo, *“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”* (Juan 3:3). No es suficiente responder *“Soy miembro de una iglesia; supongo que soy cristiano”*. Miles de cristianos nominales no muestran señal alguna de haber nacido de nuevo, las cuales se mencionan en las Sagradas Escrituras, principalmente en la Primera Epístola de Juan.

1. No practica el pecado

En primer lugar, el apóstol Juan escribió: *“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado...”* (1 Juan 3:9). *“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado...”* (1 Juan 5:18).

Aquella persona que ha nacido de nuevo, que ha sido regenerada, habitualmente no comete pecado. No exhibe una inclinación

total hacia el pecado. Probablemente hubo algún tiempo en que dicha persona no se detenía a pensar si sus acciones eran pecaminosas o no, y no siempre sentía aflicción tras hacer el mal. No había una lucha entre él y el pecado; ambos eran amigos. Pero un verdadero cristiano odia el pecado, huye de él, lucha en su contra, lo considera su mayor calamidad, siente la carga de su presencia, sufre cuando cae bajo su influencia, y anhela liberarse completamente de él. El pecado ya no le place; se ha convertido en algo horrible y que odia. Sin embargo, no puede eliminar su presencia dentro de él.

Si dijese que en él no hay pecado estaría mintiendo (1 Juan 1:8). Pero sí puede decir que odia el pecado y que el mayor deseo de su alma es no cometer pecado en absoluto. No puede evitar tener malos pensamientos, omisiones y defectos tanto en sus palabras como en sus acciones. Él sabe que “en muchas cosas ofendemos” (Santiago 3:2). Pero puede decir con certeza, delante de Dios, que estas cosas le ocasionan dolor y pena, y que su ser no se complace en ellas. ¿Qué diría el apóstol de usted? ¿Ha nacido usted de nuevo?

2. Cree en Cristo

En segundo lugar, Juan escribió: *“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios...”* (1 Juan 5:1).

Un hombre que ha nacido de nuevo, que ha sido convertido, cree que Jesucristo es el único Salvador que puede perdonar su alma, que Él es la persona divina designada por Dios Padre para dicho propósito, y que fuera de Él no hay salvación alguna. En sí mismo no encuentra valor alguno. Pero tiene confianza plena en Cristo, en que todos sus pecados le han sido perdonados. Puesto que ha aceptado la obra completa y muerte de Cristo en la cruz, él

cree que es considerado justo delante de Dios, y puede esperar la muerte y el juicio final sin miedo.

Podrá tener temores y dudas. Inclusive decir que a veces siente como si no tuviera fe en absoluto. Pero pregúntele si está dispuesto a confiar en cualquier cosa o persona en vez de Cristo, y verá lo que le responderá. Pregúntele si depositaría su esperanza de vida eterna en su propia bondad, sus propias obras, sus oraciones, su guía espiritual, o su iglesia, y escuche su respuesta. ¿Qué diría el apóstol de usted? ¿Ha nacido usted de nuevo?

3. Hace justicia

En tercer lugar, Juan escribió: *"...Todo el que hace justicia es nacido de Él"* (1 Juan 2:29). El hombre que ha nacido de nuevo, o se ha regenerado, es un hombre santo. El busca vivir acorde a la voluntad de Dios, hacer las cosas que agradan a Dios y evitar aquellas que Dios aborrece. Él desea mirar continuamente a Cristo como ejemplo a seguir y como su Salvador, y demostrar ser su amigo guardando sus mandamientos. El sabe que no es perfecto. Es consciente de su corrupción inherente. Percibe un principio de maldad dentro de sí mismo que lucha constantemente por separarle de la gracia de Dios. Pero él no lo consiente, aunque no puede prevenir su presencia.

Aunque a veces puede sentirse tan despreciable al punto de cuestionarse si en verdad es cristiano o no, aun así será capaz de decir, como John Newton, *"no soy lo que debería ser, no soy lo que quiero ser, no soy lo que espero ser en otro mundo; pero aun así no soy lo que fui alguna vez, y por gracia de Dios soy lo que soy"*. ¿Qué diría el apóstol de usted? ¿Ha nacido usted de nuevo?

4. Ama a otros cristianos

En cuarto lugar, Juan escribió: *“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos”* (1 Juan 3:14).

Un hombre que ha nacido de nuevo tiene un amor especial por todos los discípulos verdaderos de Cristo. Ama a todos los seres humanos con gran amor general, pero tiene un amor especial por quienes comparten su fe en Cristo. Al igual que su Señor y Salvador, él ama a los peores pecadores y se aflige por ellos; pero él siente un amor peculiar por aquellos que son creyentes. Nunca se siente tanto en casa como cuando se encuentra en su compañía.

Él los considera a todos como miembros de una misma familia. Son sus compañeros de batalla, luchando contra el mismo enemigo. Son sus compañeros de viaje, marchando a lo largo del mismo camino. Él los comprende, y ellos lo comprenden. Podrían ser muy diferentes a él en muchos sentidos: en rango, en riqueza. Pero eso no importa. Ellos son hijos e hijas de su Padre y él no puede evitar amarlos. ¿Qué diría el apóstol de usted? ¿Ha nacido usted de nuevo?

5. Vence al mundo

En quinto lugar, Juan escribió: *“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo...”* (1 Juan 5:4).

Un hombre que ha nacido de nuevo no se vale de la opinión del mundo para medir el bien y el mal. No teme ir en contra del estilo, ideas y costumbres del mundo. Lo que los hombres piensen o digan, ya no le preocupa.

Él vence al amor del mundo. No encuentra placer en las cosas que parecen dar la felicidad a la mayoría de las personas. Para él,

parecen insensatos e indignos de un ser inmortal. Ama la alabanza a Dios más que la alabanza al hombre. Teme más ofender a Dios que ofender al hombre. No le importa que le culpen o le alaben; su principal objetivo es agradar a Dios. ¿Qué diría el apóstol de nuevo? ¿Ha nacido usted de nuevo?

6. Se mantiene puro

En sexto lugar, Juan escribió: "*...Aquel que fue engendrado por Dios le guarda...*" (1 Juan 5:18).

Un hombre que ha nacido de nuevo es cuidadoso de su propia alma. No solo intenta evitar el pecado sino también todo aquello que pueda conducirle a él. Es cuidadoso respecto a quienes le acompañan. Él sabe que la comunicación perversa corrompe el corazón y que la maldad atrae más que la bondad, así como la enfermedad es más contagiosa que la salud. Es cuidadoso sobre el empleo de su tiempo; su principal deseo es usarlo en forma provechosa.

El desea vivir como un soldado en país enemigo, portando su armadura en forma continua y siempre preparado para las tentaciones. Es diligente siendo un hombre de oración, vigilante y humilde. ¿Qué diría el apóstol de usted? ¿Ha nacido usted de nuevo?

La prueba

Estas son las seis características principales de un cristiano que ha nacido de nuevo.

La notoriedad de las mismas es muy variable entre diferentes personas. En algunas apenas son perceptibles. En otras son muy marcadas, inequívocas, de tal manera que todos pueden percatarse de ellas.

Algunas de estas características sobresalen más que otras en diferentes individuos. Es raro que sean igualmente evidentes en cualquier persona. Pero aún después de tomar en cuenta posibles diferencias, tenemos aquí seis aspectos que marcan a un sujeto que ha nacido de Dios.

¿Cómo debemos reaccionar ante estas cuestiones? Lógicamente solo podemos concluir una cosa: sólo aquellos que han nacido de nuevo muestran estas seis características, y quienes no las tienen no han nacido de nuevo. Esta es la conclusión a la cual el apóstol nos quiere hacer llegar. ¿Posee usted estas características? ¿Ha nacido usted de nuevo?

.....

“Un cristiano es conocido no sólo por lo que él cree o afirma, sino también por lo que rechaza y niega”.

-- R.C. Sproul

.....

¿Realmente eres un cristiano o sólo eres parte de un circo llamado “iglesia evangélica” moderna?

-- Paul Washer

.....

La teología de la prosperidad pone en la boca de Dios una frase que dijo el diablo: "Todo esto te daré, si postrado me adorares."

-- Fabricio C.

La reincidencia en el pecado

Alejandro Riff



“Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.”

2 Pedro 2:21

Quizá este pasaje pueda ser considerado "duro" por algunas personas, pero es palabra de Dios, y revela una verdad espiritual. Pero esta situación contenida en este versículo es más común de lo que creemos. ¿Cuántas personas luego de conocer *"la verdad del evangelio"* se vuelven atrás y abandonan a Dios? ¿Alguien después de haber comprendido que Cristo es "el salvador" puede volverse atrás? ¿Alguien que profesó ser cristiano/a, que concurrió por un tiempo a la iglesia, y que al parecer su vida había cambiado... puede volver al estado anterior, de cuando no conocía nada de Dios?

Para contestarnos esta pregunta, observemos la comparación que hace el apóstol Pedro: *"la puerca lavada volvió a revolcarse en*

el cieno... estos animales tienen su hábitat en el barro pantanoso, es parte de su instinto, y su alimentación tampoco es muy limpia que digamos. De hecho puede comer cosas en mal estado con toda naturalidad.

Supongamos que tomamos uno de estos animales y lo bañamos, lo perfumamos, y hasta le ponemos un collar de mascota. Lo sacamos de su ambiente y lo ponemos en un hábitat limpio, seco, impecable. Con el tiempo quizá su comportamiento pareciera adaptarse, y empezamos a pensar que ha dejado de ser cerdo. Pero un día este animal al cual parecía agraderle su nuevo hábitat, y se había domesticado, lo paseamos por el parque, y de pronto ve un "charco de agua barrosa." que quedó luego de la lluvia. Un viejo instinto se despierta en él, incontenible, instintivo y animal, y corre desbocadamente a "ensuciarse en el barro", tal cual lo hacía antes. ¿Debería asombrarnos esta actitud "de este animalito"? pues no. Es un cerdo, y es parte de su naturaleza el cubrirse de lodo y chapotear en el fango. Nuestro error quizá fue creer que cambiando el hábitat del animal... éste cambiaría, pero no fue así, porque no es una cuestión de "costumbre" sino de "naturaleza animal".

De la misma manera pasa en la vida espiritual. El ser humano en su estado natural ama el pecado, tal cual un cerdo puede amar su pantano. Un buen día conoce una iglesia y entra a escuchar el evangelio, o un amigo se le acerca a hablarle de las cosas de Dios. Ante la demanda de la Biblia, quizá esta persona intuye su suciedad, toma la opción equivocada de cambiar por fuerza propia. Deja uno que otro pecado visible, algún vicio temporal, cambia alguna u otra mala costumbre. Trata de refrenar su lenguaje, y trata de adaptarse a su nuevo "hábitat"... que ahora es la iglesia. O sea hay "un arreglo exterior de su vida" para adaptarlo a las circunstancias religiosas del momento, pero no existe un verdadero

"cambio de naturaleza" en su interior. ¿Cuál es el resultado? vuelve a lo de antes, al mismo pecado, y a veces peor ¿Qué pasó con esta alma? ¿Acaso el evangelio no tiene el poder de transformar vidas? claro que sí. Lo que sucedió es que esta persona "no cambió de naturaleza", no llegó a ser cristiano... debido a que: creyó que Cristo era "un salvador", pero no lo aceptó como "su salvador". No entregó sus pecados en arrepentimiento, sino que se impuso una "reforma de su carácter". Escuchó la palabra de Dios, pero... no creyó a la palabra de Dios. La reincidencia en el pecado, y volver a ser como antes, se debe a la falta del cambio de naturaleza.

Estimado amigo/a: La salvación efectuada por Cristo no es una "reforma en el hombre" sino es un "nuevo nacimiento" un cambio de naturaleza. Es una nueva vida. ¿En qué situación estás tú? estás apartado de Dios, quisiste cambiar tu vida, pero estás encadenado a las mismas cosas de siempre? no busques una reforma ni una auto-superación... pide a Dios perdón por tus pecados, ruégale que cambie tu corazón y que te de: una nueva naturaleza espiritual. Si nace esta "nueva naturaleza" en tu corazón, ya no tendrás temor de volver atrás, porque ya eres una "oveja del Señor". Ahora tienes un pastor que es Cristo, no solo tienes un nuevo hábitat limpio y santo, sino que tienes una nueva naturaleza que Dios obra en el corazón de todos aquellos que se arrepienten, y que posibilita un verdadero cambio en nuestra vida.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. (2 Corintios 5:17)

¡Experimenta hoy esta transformación!

El arrepentimiento verdadero



El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.

Marcos 1:15

Hoy día muchos dicen que se han arrepentido, pero siguen pecando; dicen que Jesucristo es su Señor y Salvador sin ninguna evidencia de ello en su vida. ¿Qué pasa? ¿Se habrán arrepentido en verdad? A muchos no les parece importante el vocablo "arrepentimiento". Es mucho más fácil decir: "Dios te ama y tiene un plan fabuloso para tu vida" en vez de "Arrepiéntete o perecerás".

Sin embargo, el evangelio es una espada de dos filos. Un filo es "creer" y el otro es "arrepentirse". Por cierto, la salvación es solamente por fe, pero la fe genuina siempre se hace acompañar del arrepentimiento. Jesús predicaba, *"el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio"* (Marcos 1:15).

Cuando el apóstol Pablo resumió su mensaje a los ancianos de Éfeso, él dijo que había testificado a judíos y a gentiles *"acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo"* (Hechos 20:21). Y a los de Atenas, dijo que Dios había pasado por alto la ignorancia de los tiempos pasados, pero que *"ahora*

manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hechos 17:30).

¿Qué es el arrepentimiento?

El arrepentimiento es más que confesión, y mucho más que lamentar o sentirse culpable. El arrepentimiento es un hecho de la voluntad; es estar dispuesto a dar la espalda al pecado. *"El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia"* (Proverbios 28:13).

En la Biblia hallamos a muchos que dijeron: "He pecado" pero no se arrepintieron. A todos los tales Dios dice: *"rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos"* (Joel 2:13). En otras palabras, no sólo deben decir que lo sienten mucho, sino arrepentirse. Veamos por los siguientes casos bíblicos que el arrepentimiento verdadero es una cosa poco común.

El arrepentimiento desesperado

Cuando Dios convence a muchos de sus pecados, se arrepienten sólo por desesperación. La desesperación del Faraón crecía mientras Egipto sufría los embates de una plaga tras otra a causa de su misma rebeldía al rehusar dejar libres a los israelitas. Cuando Dios envió una tempestad de granizo, *"Entonces Faraón envió a llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo: He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo, y yo os dejaré ir, y no os detendréis más"* (Éxodo 9:27-28).

"Y viendo Faraón que la lluvia había cesado, y el granizo, y los truenos, se obstinó en pecar, y endurecieron su corazón, él y sus siervos" (Éxodo 9:34). Muchos piensan en Dios cuando su economía falla, durante problemas matrimoniales, enfermedades y otras crisis. Puede que algunos aún oren: "Dios, si me libras de esta

dificultad cambiaré mi forma de vida". Pero cuando su problema se ha ido y ya no tienen dicha presión, pronto vuelven a su pecado.

El arrepentimiento dudoso

Algunos se arrepienten simplemente para tomar ventaja de la situación. Una mujer cristiana estaba siendo cortejada por un hombre incrédulo que sabía que ella no se iba a casar con él mientras siguiera en su incredulidad. Luego hizo una profesión de fe, se casaron, y después de algunos meses él volvió a su estilo de vida no regenerado.

Algunos pueden arrepentirse cuando se les halla con las manos en la masa del pecado por cuanto no hay otra opción sino "arrepentirse". Aún otros son los que negocian con Dios por su vida en algún peligro inminente. Pero dada la oportunidad de cumplir, poquísimos son los que lo hacen. Es posible arrepentirse ante la puerta de la muerte tal como el ladrón en la cruz, pero raras veces se ha visto sincero este hecho.

El arrepentimiento desesperanzado

Judas Iscariote se arrepintió de traicionar a Jesús al verse sin esperanza; un remordimiento que en realidad no es arrepentimiento. *"Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente"* (Mateo 27:3-4). Es posible sentir lástima o pena por los pecados sin volver a Dios. Muchos se afligen por su alcoholismo, su drogadicción, su inmoralidad y otros pecados, pero no se arrepienten. Algunos se hunden tanto en el remordimiento que se suicidan, pero el remordimiento y el sentirse apenado no es arrepentimiento.

El arrepentimiento demorado

Las consecuencias del arrepentimiento demorado pueden ser costosas. En lugar de arrepentirse en una forma inmediata, David trató de encubrir su pecado con Betsabé, animando a su esposo Urías a regresar de la batalla para dormir con ella. David sabía que Betsabé estaba encinta y, de acuerdo a su plan, esto haría que todo mundo pensara que el bebé era hijo de Urías. Urías rehusó ir a su casa y David mandó comprometerlo en la batalla para que fuese muerto a fin de que él pudiera tomar a Betsabé por esposa.

Al no arrepentirse, David tuvo que pagar un precio alto. Su cuerpo sufrió, perdió su vitalidad y padecía de insomnio (Salmos 32). Soportó la culpa por más de nueve meses hasta que, por fin, el profeta Natán le confrontó. Hasta entonces David reconoció su pecado y escribió su confesión a Dios. *"Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos...Purifícame con hisopo y seré limpio: lávame y seré más blanco que la nieve"* (Salmos 51:4-7). Dios perdonó a David pero habría consecuencias que soportar. Natán dijo. *"Por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá"* (2 Samuel 12:14).

Sí, Dios es amoroso y pronto para perdonar, pero, *"No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"* (Gálatas 6:7). El arrepentimiento demorado puede ser verdadero, pero habrá consecuencias que no pueden ser esquivadas.

El arrepentimiento verdadero

Por fin, el hijo pródigo nos retrata el verdadero arrepentimiento bíblico. Después de derrochar su herencia en una vida perdida, al fin volvió en sí, regresó a su padre y se arrepintió: *"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti"* (Lucas 15:21). Fue completamente perdonado.

En cada uno de estos cinco casos estudiados, los pecadores confesaron: "He pecado". La mayoría no se arrepintieron de veras, pero el arrepentimiento es un requisito bíblico de una fe genuina y del perdón.

El arrepentimiento requiere dos factores:

Reconocimiento, confesión y apartarse del pecado - *"El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia"* (Proverbios 28:13). Isaías dijo: *"Buscad a Jehová mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar"* (Isaías 55:6-7).

La restitución del pecado - Tampoco puede haber arrepentimiento si hace falta restitución por el pecado. A veces no es posible hacer restitución, pero cuando lo es, es un imperativo. Zaqueo, el recaudador de impuestos, dijo a Jesús cuando le visitó: *"He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado"*. Fue entonces que el Señor le dijo: *"Hoy ha venido la salvación a esta casa"* (Lucas 19:8-9). Pablo escribió: *"Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte"* (2 Corintios 7:9-10).

El mensaje de la Biblia es claro. Usted que no ha conocido a Cristo como su único y suficiente Señor y Salvador, arrepíentase y crea en Él. Pero asegúrese de que su arrepentimiento es verdadero.

El cartel de cristiano

Alejandro Riff

Respondiendo él, les dijo: Hipócritas,
bien profetizó de vosotros Isaías,
como está escrito: Este pueblo de
labios me honra,
Mas su corazón está lejos de mí.

Marcos 7:6



El nombre de Cristo parece estar en boca de todos, como nunca antes en la historia. Tal es así, que los medios seculares han adoptado el nombre de cristianos. Hay canales de televisión cristianos, radios cristianas, librerías cristianas... Existe también, toda una industria discográfica donde hay cantantes y grupos musicales "cristianos". En la actualidad, a casi todo se le pone el aditamento cristiano: Liga de fútbol cristiana, chistes cristianos, club cristiano, partido político cristiano etc. Además las estadísticas muestran que cada año, el crecimiento de las iglesias cristianas evangélicas, es exponencial, a lo largo del mundo. Cada vez hay más ministerios, iglesias, grupos y organizaciones cristianas.

Cualquiera que considere las cifras de crecimiento, de lo que llamamos el "mundo cristiano", diría sin dudar: - *"El mundo se está transformando para Cristo."* Sin embargo, hay otras estadísticas

que son igualmente ciertas, donde mundialmente, se conoce que crece: La violencia, la corrupción, la falta de valores morales, etc. En cambio la vida de santidad, la consagración a Dios, vivir una vida distinta al mundo, es cosa extraña, para el "cristiano" de hoy. La vida personal del cristianismo de hoy, examinada bajo la lupa de la Biblia, nos da como resultado, que "cristiano", es solo un término con el cual muchos se identifican, pero que no tiene nada que ver con la experiencia de sus corazones.

Somos testigos de una generación que honra el nombre de Cristo con sus labios, pero que su corazón está muy lejos de su voluntad. La sociedad de hoy no es impactada como lo fue en la iglesia primitiva, que solo ciento veinte personas, comenzaron la tarea de evangelización que cambiaría el mundo.

Hoy, los millones de supuestos cristianos, inmersos en la sociedad, no provocan la más mínima reacción en contra del pecado, sino más bien, se amoldan a las costumbres de este mundo. El contenido de este mundo se ha vaciado en una nueva botella, donde irreverentemente le han puesto la etiqueta de "cristiano". Esta etiqueta, no cambia el veneno del contenido. El mundo se transforma en un cristianismo nominal, donde se honra a Cristo (como lo diría el mismo Señor) solo de labios. Pero la transformación del alma y del espíritu, el verdadero cambio que produce el Espíritu de Dios, es desconocido para el cristianismo actual.

"Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella" (Mateo 7:13) El camino ancho que lleva a la perdición del infierno, es transitado por millones de personas, que tienen nominalmente colgado un cartel de "cristiano".

Van caminando seguros con su cartel cristiano. Pero es una seguridad irreal, ya que al menos que su corazón sea transformado,

y camine la senda angosta que lleva al cielo, no encontrará a Cristo.

Estimado amigo/a:

Te invito a que examines tu vida delante de la Palabra de Dios, la Biblia, para considerar la veracidad de tu cristianismo, y comprobar si éste, es una experiencia o solo un rótulo para ampararse. Pues nunca faltará alguna organización o iglesia, que te cuelgue el cartel de cristiano, sin tan siquiera haberte expresado las mínimas verdades del evangelio. Que te hayas bautizado en tal lugar, que hayas tomado tal o cual responsabilidad en una iglesia, esto no te asegura la vida eterna.

Ser cristiano, es una experiencia del corazón, el cual tiene que "nacer de nuevo". Si caminas cada día con Dios, y estás en el camino de Cristo, me alegro por ti. Pero si sabes, en lo profundo de tu corazón que solo eres un cristiano de nombre, descuelga tu cartel y pídele perdón a Dios.

.....

Las marcas de un hombre MUERTO...

Cuando el corazón de un hombre esta frío y despreocupado, cuando sus manos nunca se emplean en hacer el trabajo de Dios, cuando sus pies no están familiarizados con los caminos de Dios, cuando su lengua es rara vez o nunca usada en oración y alabanza, cuando sus ojos están ciegos a la belleza del reino de los cielos, cuando su mente está llena del mundo y no tiene lugar para cosas espirituales, cuando estas marcas están presentes en un hombre, una palabra de la Biblia es la palabra correcta para describirlo, y esa palabra es, **“Muerto.”**

La finalidad del evangelio



Watchman Nee

“De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Marcos 14: 9

“...Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron, ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella” (Marcos 14:4-5).

Estas palabras nos llevan a lo que queremos considerar, es decir, cuál es el significado de aquella pequeña palabra “desperdicio.”

¿Qué es un desperdicio? Desperdicio significa, entre otras cosas, dar más de lo que sería necesario. Desperdicio significa que tú das, en demasía, por algo que es insignifi-

cante. Si alguien está recibiendo más de lo que se considera necesario, entonces eso es un desperdicio. Eso pensaron los apóstoles.

Pero acuérdate que estamos hablando de algo que el Señor dijo que acompañaría al Evangelio, en cualquier sitio donde el Evangelio fuese anunciado.

¿Por qué? Porque entiende que, la predicación del Evangelio,

debe llevarse a cabo con "algo," que tiene los mismos ingredientes contenidos en la acción que emprendió María en el pasaje que estamos tratando, esto es, que las personas deberían venir a Él y "desperdiciarse a sí mismos" en Él. Este es el resultado que está procurando la Escritura.

Debemos ver la cuestión del desperdicio desde el punto de vista de Judas (Juan 12:4-6), pues Judas por supuesto, que nunca había llamado "Señor" a Jesús, todo lo que se derramase sobre Él lo consideraba un desperdicio. No solamente el perfume era un desperdicio: aunque hubiese sido agua lo consideraría un desperdicio. Aquí Judas establece el punto de vista del mundo. El mundo estima que cualquier servicio que hagamos para el Señor y que no lo entreguemos a él, lo considera como un completo desperdicio. Él Señor nunca fue amado, ni nunca tuvo un sitio en el corazón del mundo. Por eso, cualquier dádiva que le ofrezcamos es un desperdicio. Hay muchos que dicen " ¡Tal y

tal persona serían grandes hombres en el mundo si no fuesen cristianos!" Si un hombre tiene algún talento natural, una cualidad a los ojos del mundo, consideran una vergüenza que la "desperdicie" en servicio del Señor. Ellos piensan que una tal persona es demasiado buena como para dedicarse al Señor y murmuran diciendo, "¡Qué gran desperdicio de vida!"

Déjenme relatarles algo que me sucedió personalmente en 1.929. Estaba de regreso de Shangai a la ciudad donde había nacido, en Foochow. Un día estaba caminando por la calle con un bastón, muy debilitado y enfermo, y me encontré a uno de mis antiguos profesores de escuela. Él me llevó a un salón de té, donde nos sentamos. Me miró de arriba abajo, de la cabeza a los pies, y entonces me dijo: - *¿Qué tenemos aquí?* - *En tus tiempos de colegio teníamos grandes esperanzas puestas en ti, esperábamos que realizases grandes cosas en tu vida. ¿Estás queriéndome decir que esto es a lo único que has llegado?*" Mi-

rándome a los ojos penetrantemente, me hizo aquella incisiva pregunta. Y debo confesar que al escucharla, mi primer deseo fue venirme abajo y ponerme a lamentar.

Mi carrera, mi salud, todo parecía estar perdido, aquí estaba mi antiguo profesor de Derecho, preguntándome *“¿Todavía estás en esa situación, lleno de fracaso y sin progresos en tu vida? ¿No tienes más que hacer?”*

Pero en ese mismo instante - y tengo que admitir que fue la primera vez en toda mi vida - supe lo que significa tener conmigo el “espíritu de gloria” reposando sobre mí. La idea de haber puesto mi vida enteramente en manos del Señor invadió con gloria mi alma. No era nada menos que el espíritu glorioso inundando todo mi ser en aquel momento. Así que pude mirar al cielo y decir abiertamente, “Señor, ¡yo te alabo! ¡Esta es la mejor cosa disponible para que un hombre dedique su vida; esta es la mejor decisión que he podido tomar!” A mi profesor le parecía

un completo desperdicio aquello de servir al Señor; pero para eso sirve el Evangelio. Judas lo tomó como un desperdicio. “Podíamos haberlo vendido y usábamos el dinero en cosas más necesarias. Hay mucha gente pobre. ¿Por qué no se ha utilizado en obras de caridad o en obras sociales? Podíamos haber ayudado a mucha gente de una manera más eficaz ¿Por qué se ha derramado a los pies de Jesús? (vea Juan 12:4-6).” Esta será siempre la forma de pensar del mundo. “¿No puedes encontrar otro empleo mejor para tu vida? ¿No encuentras nada mejor que hacer por ti mismo? ¡Es una estupidez que malgastes así tu vida para ese Señor!

Pero si el Señor es precioso, entonces ¿Cómo puede ser un desperdicio? Él es precioso y merece la pena ser servido. Él es precioso y merece la pena ser su prisionero. Para mí, es tan precioso, que merece que viva plenamente por Él. ¡Sí, Él es precioso! El Señor dijo “No la molestéis.” Así que no me dejaré molestar por el mundo. Los

hombres pueden decir lo que quieran, pero nosotros debemos mantener firme nuestra vocación.

“Buena obra ha hecho”. La obra verdadera no es la que se hace a los pobres; toda obra verdadera es la que pone al Señor como lo más importante. Cuando de una vez por todas se abran nuestros ojos a la obra real de nuestro Señor Jesús, realmente nada será un sacrificio suficientemente grande para Él.

“En cualquier parte que se anuncie el Evangelio... también se contará lo que esta ha hecho”. (Marcos 14:9). ¿Por qué diría esto el Señor? Porque el Evangelio se destina a producir esta misma reacción. Eso es para lo que sirve el Evangelio. El Evangelio no se destina a satisfacer a los pecadores. ¡Alabado sea el Señor! ¡Los pecadores serán saciados! Pero la satisfacción es una bendición añadida por el Evangelio y no su primer objetivo. El Evangelio se predica en primer lugar para que el Señor se dé por satisfecho.

Me temo que hayamos puesto demasiado énfasis a favor de los pecadores, y que no hayamos apreciado suficientemente aquello que el Señor tiene en vista como Su objetivo principal. Hemos estado pensando, ¿qué sería de los pecadores si no hubiese Evangelio? Pero eso no es lo que deberíamos tener primeramente en consideración. Sí, por supuesto, ¡Alabado sea el Señor! Los pecadores tienen su parte en todo esto. Dios ha suplido sus necesidades y los ha rociado de bendiciones; pero eso no es lo más importante. Lo más importante es esto, que todas las cosas deberían ser para satisfacer al Hijo de Dios. Solamente estaremos satisfechos, y los pecadores estarán también satisfechos, cuando Él se dé por satisfecho primero. Nunca me encontré con un alma que, satisfaciendo al Señor, se encontrase insatisfecha. Es imposible. Nuestra satisfacción viene infaliblemente cuando le satisfacemos a Él en primer lugar.

Pero tenemos que recordar que jamás se dará por satisfe-

cho sin que nos “desperdicie-
mos” nosotros mismos sobre
Él. ¿Ya le has dado al Señor
demasiado? ¿Puedo decirte una
cosa? Hay una lección que te-
nemos que aprender muchos
de nosotros, y es que, en el ser-
vicio divino, el principio del
desperdicio es el principio del
poder.

El principio que determina
la utilidad es el principio mis-
mo del desperdicio. La verda-
dera utilidad en las manos de
Dios se mide en términos de
“desperdicio.” Mientras más
nos desperdiciamos más sere-
mos útiles. Los caminos que
Dios toma con nosotros se des-
tinan a establecer en nuestra
vida este principio, es decir,
que la labor que realiza-
mos para Él, nace cuando es-
tamos ministrándole a Él mis-
mo. Yo no estoy diciendo que
no hagamos nada; sino que lo
más importante debe ser siem-
pre el Señor, y no su obra.

¡Quitemos nuestra vista de
todas las cosas! Miremos al
Señor, y preguntémonos nue-
vamente qué es lo que es más

importante. El principio del
desperdicio es el principio que
debe gobernar nuestras vidas.
“*Ha hecho conmigo una buena
obra.*” Dijo Jesús de María. La
verdadera satisfacción al cora-
zón de Dios viene cuando real-
mente estamos, como las per-
sonas del mundo dirían, “des-
perdiéndonos” sobre Él. Pa-
rece completamente como si
estuviésemos dándole dema-
siado sin recibir nada a cambio
– pero ese es el secreto de
agradar a Dios.

Oh, amigos míos, ¿Qué es lo
que procuramos? ¿Procuramos
ser útiles como lo fueron aque-
llos que pensaron ser un des-
perdicio lo que hizo María?
Ellos querían hacer rendir al
máximo cada céntimo de las
trescientas piezas de plata.
Toda la cuestión se resumía en
“aprovechar” aquel dinero.

Pero lo que el Señor espera
de nosotros es que digamos:
“Señor, nada de eso me impor-
ta. Si puedo agradarte a ti, con
eso me basta.”

El llamamiento de lo alto

Anónimo



*“El verdadero discípulo
de Jesús solo se
reconocerá, si en su espalda
carga una cruz”.*

Si Dios lo ha llamado a usted para que sea verdaderamente como Jesús con todas las fuerzas de su espíritu, Él lo estimulará para que lleve una vida de crucifixión y de humildad, y le exigirá tal obediencia que usted no podrá imitar a los demás cristianos, pues, en muchos sentidos, Él no permitirá que usted haga lo mismo que hacen los otros. Otros, que aparentemente son muy religiosos y fervientes, pueden tenerse a sí mismos en alta estima, buscar influencias y proyectar la realización de sus planes, pero usted no debe hacer nada de eso, pues si intenta hacerlo, fracasará

de tal modo y merecerá tal reprobación por parte del Señor, que usted se convertirá en un penitente lastimado.

Otros podrán hacer alarde de su trabajo, de sus éxitos, de sus escritos, pero el Espíritu Santo no le permitirá a usted ninguna de estas cosas. Si usted empieza a proceder de esta forma, Él lo sumirá en una mortificación tan profunda que usted se desprezará a sí mismo al igual que a todas sus buenas obras.

A otros les será permitido conseguir grandes sumas de dinero y darse lujos superfluos, pero Dios solo le proporcionará

a usted el sustento diario, porque quiere que usted tenga algo que es mucho más valioso que el oro: una absoluta dependencia de Él y de su invisible tesoro. El Señor permitirá que los demás reciban honores y se destaquen, mientras que a usted lo mantiene oculto en la sombra, porque Él quiere producir un fruto selecto y fragante para su gloria venidera, y eso solo puede producirse en la sombra.

Dios puede permitir que los demás sean grandes, pero usted debe seguir siendo pequeño; Dios permitirá que otros trabajen para Él y que ganen fama, pero hará que usted trabaje y se fortifique sin que sepa siquiera cuánto está haciendo. Luego, para que su trabajo sea aún más valioso, permitirá que otros reciban el crédito por lo que usted hace, con el fin de enseñarle el mensaje de la cruz: la humildad, y algo de lo que significa participar de su naturaleza.

El Espíritu Santo mantendrá sobre usted una estricta vigilancia y, con celoso amor, le

reprochará por sus palabras, o por sus sentimientos indiferentes, o por malgastar su tiempo, cosas éstas que parecen no preocupar a los demás cristianos. Por eso, hágase a la idea de que Dios es un Soberano Absoluto que tiene el derecho de hacer lo que le plazca con los que le pertenecen, y que no puede explicarle la infinidad de cosas que podrían confundir su mente por el modo como Él procede con usted.

Dios le tomará la palabra; y si usted se vende para ser Su esclavo sin reservas, Él lo envolverá en un amor celoso que permitirá que otros hagan muchas cosas que a usted no le están permitidas.

Sépalolo de una vez por todas: Usted tiene que entenderse directamente con el Espíritu Santo, y El tendrá el privilegio de atar su lengua, o de encadenar sus manos, o de cerrar sus ojos para aquello que le está permitido a los demás. Sin embargo, usted conocerá el secreto del Reino. Cuando esté poseído por el Dios viviente de tal manera que se sienta feliz y

contento en lo íntimo de su corazón con esta peculiar, personal, privada y celosa tutoría y con este gobierno del Espíritu Santo sobre su vida, entonces

habrá encontrado la entrada a los cielos, el llamamiento alto de Dios.

.....

La mujer y su vestimenta

¿Cómo distingue una mujer la línea a veces estrecha entre el vestido apropiado y el vestir para ser el centro de atención?

La respuesta comienza en el propósito del corazón. Una mujer debe examinar sus motivos y metas que tiene al vestirse. ¿Es su propósito mostrar la gracia y belleza de la femineidad? ¿Es mostrar su amor y devoción por su esposo y la bondad que le prodiga? ¿Es revelar un corazón humilde dedicado a la adoración a Dios? ¿O es llamar la atención sobre sí, y hacer alarde de su riqueza o belleza? O peor, ¿es tratar de tentar sexualmente a los hombres? Una mujer que se centra en la adoración a Dios, considera cuidadosamente cómo se viste, porque su corazón mandará sobre su guardarropa y sobre su apariencia.

-- John MacArthur

.....

"Podemos reírnos; pero la MULA de Balaam dijo más verdades que muchos predicadores modernos"

John Wesley

(1703 - 1791)



*“El pequeño hombre
que incendió ciudades con
grandes avivamientos”*

Nació el 17 de junio de 1703 en Epworth, Lincolnshire, Inglaterra. En 1728 obtuvo un puesto de profesor en la universidad de Oxford en donde formó junto con su hermano Charles y otros amigos un pequeño círculo dedicado a la oración, al culto y al estudio de la palabra. John Wesley comenzó a desarrollarse como predicador creciendo en todas las formalidades y ceremonias de la iglesia oficial de Inglaterra y también en disciplina severa. Se levantaba a las 4:00 de la mañana, ayunaba con regularidad, trabajaba duro y sin descanso, y demandaba de su fuerte cuerpo un esfuerzo casi hasta el límite del colapso. Visitaba los presos en las cárceles, que eran lugares terribles en aquellos días y procuraba suavizar todo lo posible la vida de los prisioneros por donde quiera que fuera. También enseñaba a los niños, algo muy inusual para aquella época ya que eran muy descuidados por la iglesia.

A pesar de toda esta incesante e incansable actividad religiosa y aunque predicaba sermones preparados con esmero no podía dejar de sentir que su vida era estéril, no influía en ninguna vida ajena, no despertaba ninguna consciencia, no hacía arder a ningún corazón.

Viajó a Georgia, Estados Unidos, como misionero en 1735 y los resultados no pudieron ser más deplorables; no solo no encontró oídos para su predicación entre los indígenas, sino que además los blancos lo consideraron frío y aburrido. La situación llegó a un límite cuando la mujer de la que Wesley estaba enamorado decidió casarse con otro. Al poco tiempo la situación se puso tan difícil que aún sus superiores consideraron más prudente enviarlo nuevamente a su país.

En 1738 Wesley descubrió que el problema era que él mismo todavía no era genuinamente cristiano. Un día se encontraba en una reunión del templo de la calle Aldersgate en Londres, y escuchó la lectura del comentario de la carta a los Romanos de Lutero; tuvo una revelación de lo que significaba el sacrificio de la cruz y el recibir la salvación por el descansar por fe en lo que Jesús había hecho. Allí sintió según sus palabras: *“cómo su corazón se encendía extrañamente”* más tarde diría: *“yo sentí una seguridad que hasta mis pecados habían sido lavados y yo ahora estaba siendo salvado de la ley del pecado y de la muerte”*. En aquel día, a los 33 años de edad experimentó una genuina conversión. Él, había sido una persona que estuvo envuelta en la iglesia toda su vida, ya que sus padres eran cristianos, pero después de años de predicar, enseñar, orar, viajar como misionero a Estados Unidos y supuestamente ser un cristiano muy devoto, se convertía verdaderamente a Cristo.

Wesley comenzó en todo lugar a predicar la palabra, a predicar el evangelio, el mensaje de salvación, mientras que la iglesia establecida creía que el mensaje de Wesley era innecesario y redundante ya que creían que predicar sobre salvación a los creyentes dentro de las iglesias no tenía sentido. Mientras que Wesley sabía de los miles y miles que llenaban las iglesias y se encontraban en la misma situación que él estaba antes de su conversión. Pronto, la iglesia no solo vio innecesario su mensaje sino que lo echaron violentamente de muchos lugares. En 1739 la iglesia Anglicana le

prohibió la entrada a sus templos, pero Wesley tenía un amigo llamado George Whitefield quien había vivido una experiencia similar y también él había tenido que salir de la iglesia establecida por lo que había comenzado a predicar en el campo abierto. De manera que por influencia de su amigo, Wesley comenzó a predicar fuera de los templos, en las calles. Su amigo le dijo: *“sal a las calles, a los caminos, a los senderos y prédicale al pueblo como la palabra de Dios lo manda”*. Esto era muy extraño para estos tiempos a la gente ni se le ocurría hacer este tipo de cosas y la iglesia todavía se enfureció más, prohibiéndole predicar en varios lugares al punto que fue apedreado varias veces. Muchos líderes de iglesias, se enojaban cuando él iba a predicar en los campos abiertos y Wesley decidió que él debía obedecer a Dios antes que a los hombres. Todo esto fue lo que motivó a que se creara la famosa frase de Wesley: *“El mundo es mi parroquia”* Esto quería decir: *“Yo voy a predicar donde sea; donde Dios me mande; donde haya oyentes; el mundo es mi iglesia”*. John Wesley comenzó a viajar por toda Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales, predicando la verdadera salvación por la fe y el arrepentimiento, que en la práctica se traducía en un “cambio de vida”. En aquellos años el consumo de alcohol era una plaga que azotaba de manera especialmente cruel a las clases más desfavorecidas. La predicación de Wesley no solo arrastró a decenas de miles de ingleses a dejar la bebida sino también el maltrato familiar y la delincuencia. Los convertidos no solo iban a la iglesia, sino que iban recibiendo el mensaje e iban creciendo en la fe y se añadían a la tarea de la predicación en todo lugar abierto, en las calles y en los campos.

Wesley pasó la mayor parte de su vida predicando el evangelio en los campos abiertos y murió a la edad de 87 años el 2 de marzo de 1791. Hoy en día es considerado uno de los más respetados predicadores de todas las épocas.

El corazón que suspira por la persona de Cristo

Nada que no surja del amor personal a Cristo y de la comunión con Él puede tener algún valor. Podemos saber al dedillo las Escrituras; podemos predicar con notable elocuencia y fluidez, con una fluidez tal que las mentes poco experimentadas pueden muy fácilmente confundir con «poder»; pero, ¡Oh!, si nuestros corazones no beben profundamente de la fuente principal; si el motor que los anima no es hacer del amor de Cristo una realidad práctica, todo terminará en algo fugaz y pasajero! He aprendido a estar cada vez más insatisfecho con todo aquello que —ya en lo que respecta a mí mismo, y a los demás— no tenga que ver con una comunión permanente, profunda, divinamente labrada, y una plena conformidad, con el bendito Señor. A los caprichos personales, los detesto; a las meras opiniones, les tengo temor; a las controversias, las evito; sistemas de doctrina, teorías, escuelas de pensamiento, en una palabra, todo «ismo» lo considero carente de valor. Mi anhelo, en cambio, es conocer más de la gloriosa persona de Cristo, de su obra y de su gloria. Y entonces, ¡vivir para Él! ¡Trabajar, testificar, predicar y orar, hacerlo todo por Cristo, y mediante la obra de su gracia en nuestros corazones!

C. H. Mackintosh

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Primera Edición - Año 1 - Junio - Julio - Agosto 2013

Contacto en Venezuela: E-mail tesoros cristianosv@hotmail.com

Teléfonos: 0412- 4942934 / 04128843307

Contacto en Colombia: E-mail tesoros cristianos@gmail.com

Teléfonos: 571- 7100312 / 312 8879886